





«**El dolor no tiene voz pero cuando encuentra una, comienza a contar una historia**», cita a Eliana Scarry la autora en el relato *Matilde*. Mis favoritos están hacia el final, *Mal del alturas* o *El Pacheco*, junto con el cuento que da título al conjunto, *El niño que comía lana*. Todos hablan de carencias, de heridas, de una infancia sin guardianes, de sueños que se enroscan para guardarse en un viejo tubo de pastillas. De vidas a la intemperie que cargan consigo, y con el signo de los malos tiempos.

Aquí está esa voz por la que sale el dolor, ciego pero muy lúcido, de la topera. No teman dramatismos ni coros de plañideras. No cae en esa tentación Cristina Sánchez-Andrade. Se nota bien que bebe de Valle, de Cunqueiro, de Celso Emilio Ferreiro. La prueba, este libro salvaje y tierno, que va a las tripas y humedece, sutilmente, los ojos. Como la belleza.